

JUAN AGUSTIN GARCIA

1) UBICACION GENERACIONAL

Juan Agustín García nació en Buenos Aires, el 12 de abril del año 1862, y murió en la misma ciudad el 23 de junio de 1923, no muy viejo, a los 61 años. Estos datos indican, ya, que pertenece a la generación de 1896, a esa promoción de hombres científicistas a la que pertenecieron también Ernesto Quesada, José Ingenieros, Joaquín V. González, Carlos Octavio Bunge, Víctor Mercante, Rodolfo Señet y tantos otros. Las ideas de estos hombres han pasado a los archivos de la cultura argentina. Como en Joaquín V. González, en Agustín García el positivismo positivista estaba tan atemperado que no hubiera sido difícil ponerse de acuerdo con él en una cantidad de cosas.

Hombre bajo de talla, de maneras graves, muy fino y simpático, de costumbres cultísimas, ironista, era un porteño representativo de su época. Entre las figuras de su generación, no hay ninguno que abarque más caracteres de colorido porteño, firme en sus convicciones, sobre todo en sus convicciones argentinas. Su sentido del buen gusto sabía donde se hallaba lo justo y comenzaba lo chocante. Hombre de gran vivacidad intelectual, de comprensión extraordinaria, tanto que Alejandro Korn decía que aparentaba saber mucho más de lo que realmente sabía y que, por cierto, era mucho. Cuando era Consejero en la Facultad de Filosofía y Letras, actuaba al lado de Ernesto Quesada, historiador minucioso, que no adelantaba opinión si no estaba seguro y cuyos comentarios sobrepasaban en mucho las cosas comentadas. Cuando Quesada defendía ante el Consejo alguna tesis con sobresaturada información, García anotaba datos de esa exposición y refutaba las ideas de su colega en una polémica ágil y vivaz.

Juan Agustín García tuvo cualidades para florecer en el ambiente porteño, pero no se dejó llevar por esas cualidades y estudió seriamente. Era un hombre que en apariencia no daba importancia a nada. Hablaba al soslayo, ponía las cosas en tono de duda, pero este hombre no sostuvo una opinión que no estuviera apoyada en documento. No tenía la adustez del sabio ni la vanidad de los pseudosabios. Representa en la historia de la cultura y el pensamiento argentinos un momento importante y uno de los portaestandartes de su generación. No se tomen estas afirmaciones con un alcance equivocado. No se puede decir que fuera el hombre más inteligente ni el más formado de la época. Tal vez Ernesto Quesada fuera superior. Alejandro Korn indudablemente lo era. Pero Juan Agustín García tenía ese tono menor para decir

sus ideas y ese como entusiasmo reprimido, refrenado, que nos lo presenta con rasgos propios frente a Quesada y Korn.

La verdad no tiene color local, es desnuda como la presenta Alberdi en *Peregrinación de Luz del Día en América*, pero las verdades sociales e históricas que fueron las que cultivó Juan Agustín García, se revisten con algunos caracteres propios que las hacen, no esquemas librescos y fríos, sino que presentan el sello del país que destiñe en ellas. García había estudiado los fenómenos históricos y sociales de la Argentina y tenía de ellos hondos conocimientos de investigador. Estamos frente a un espíritu para quien la Argentina fue una preocupación y un problema más hondo que en Joaquín V. González y en Carlos Octavio Bunge. Los libros *Tradición Nacional* del primero y *Nuestra América*, aunque son obras talentosas, con observaciones profundas, no constituyen elaboraciones personales, no son productos propios, abrevan en fuentes y estudios ajenos. Cuando García se propuso estudiar la historia del país y sus fenómenos sociales, trató de prescindir de todo lo que otros habían hecho, para ir a buscar en los documentos la filiación argentina y desentrañar en ellos las peculiaridades psicológicas y espirituales del argentino. Su actitud es una enseñanza. Fue a los documentos porque en ellos se reflejan las ideas, sentimientos y caracteres de los hombres y mujeres que viven en un país. Las naciones viven en el territorio que ocupan, pero más viven en las lenguas que hablan, en las instituciones, costumbres y usos, y sobre todo en la comunión espiritual de las ideas. Juan Agustín García no fue un transeúnte ni un ave de paso en la Argentina: estudió a su patria y vivió en función de ella.

2) SU FORMACION

Juan Agustín García es un discípulo de Spencer, de Taine, de Renán, de Bain, de Ribot, de Bacon, de Buckle. En su madurez tiene conciencia de las limitaciones del positivismo y se siente en sus obras las influencias de Fustel de Coulange, Schopenhauer y Hegel. Desde el punto de vista de la metodología histórica *Ciudad Indiana*, su libro más notable, sigue los cauces del autor de la *Cité Antique*. En su libro *Sobre nuestra incultura*, que publicara en 1922, un año antes de su muerte, existe un artículo donde habla de las causas que provocaron la incultura argentina y las atribuye precisamente al positivismo filosófico de la generación de 1880, de la cual es hija la de 1896, a la que pertenece García. En ese artículo rastreamos los elementos formativos de su juventud. Allí leemos:

“Esa generación del 80, tan criticada por los nuevos rayos ultrabrillantes de estos tiempos, fue un poco víctima de la ciencia materialista y pedantesca, que marchitó muchas hojas buenas de las almas de veinte años. Spencer, Haeckel, Lombroso y sus discípulos entraron triunfalmente en nuestra mentalidad. Luego contrapesados por Renán, Macaulay, Buckle, y los poetas novelistas que fueron nuestros compañeros íntimos en esos dulces años de la vida. ¡Qué tiempos! Bain y los análisis de Ribot, Taine, en su faz menos simpática, arrebatában las inteligencias. ¡Esas negaciones del espíritu, de la vo-

luntad libre, del alma; el determinismo impecable de la mecánica! ¡El pensar y el sentir, la literatura, la filosofía, la abnegación, el heroísmo; el arte, el entusiasmo... eran simples residuos fisiológicos!". Y más adelante expresa: "A pesar de que estas cosas se expliquen en estilos insoportables, de una sequedad pedantesca, tan árida y triste como el desierto africano, resultaban en nuestros espíritus de alumnos, como banderolas en un día de sol. Al pasar por las iglesias sonreíamos, como si se tratara de negrerías. El Cristo, la Virgen, la Pasión, los grandes santos... puro fantochismo ridículo. Se toleraba a Estrada y Goyena porque eran almas superiores, y todos teníamos el respeto de la inteligencia; esa buena cualidad databa de Urquiza, Mitre, Avellaneda y Sarmiento. En volúmenes repletos de hechos, de cifras, de láminas ilustrativas, estaban nuestros dioses, sucesores de las viejas y torpes supersticiones. Se había decubierto el misterio del Universo, la Verdad noble y sana" (1). Sin embargo, sobre ese fondo de su formación juvenil, García presenta en su obra un clima espiritual de un cientificismo que otea otros horizontes, que hacen que su pensamiento se impregne, siquiera un poco exteriormente, de algunas ideas hegelianas y schopenhauerianas. Como Joaquín V. González ha tenido conciencia de las limitaciones del positivismo y el cientificismo filosóficos y ha hecho el esfuerzo de salir de él, sin conseguirlo de un modo tan crítico y superador como Alejandro Korn. Su obra de historiador se salva y tiene una frescura perenne. Tiene hondura de juicios, fijeza de criterios, no exagera los matices y no presenta los presupuestos filosóficos tan crudos de *Nuestra América* de Bunge, de la *Sociología* o de los *Principios de Psicología Biológica* de Ingenieros. Una obra como la *Ciudad Indiana* da la impresión de la investigación directa, del hombre que trata de comprender la filosofía argentina a través de la documentación histórica, que trata de desentrañar lo que no se pudo o no se quiso decir en los periódicos, papeles públicos, cartas, etc., pero que se destila de ellos, destilando el alma del hombre que los escribe. El libro da la impresión de no haber sido escrito en función de cordenadas filosóficas, sino con ánimo despreocupado, que hace que tenga el valor permanente de toda elaboración personal y no la transitoriedad de un autor que trabaja de segunda mano.

El autor que nos ocupa estudió derecho en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, de donde egresó con el doctorado a los veinte años con una tesis sobre *Los hechos y los actos jurídicos*. Tuvo actuación en la administración de la justicia, donde fue fiscal del crimen, juez en lo civil y camarista en lo federal. Se inició en la docencia universitaria como profesor de introducción al derecho y de sociología en las Facultades de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires y La Plata, y de historia universal e historia de América en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

3) OBRAS ESCRITAS

La obra de Juan Agustín García se podría agrupar en escritos de prosa no imaginativa (escritos científicos) y escritos de prosa imaginativa (escritos

1) Juan Agustín García: Sobre nuestra incultura. En *Obras completas*, Págs. 970-975. Edición Antonio Zamora. Buenos Aires, 1965.

tos literarios). Al primer grupo pertenecen sus escritos: a) de Psicología: *Formación de las ideas* (1893). Figura en su libro *Ensayos y Notas*, publicado en 1903; b) jurídicas: *Introducción a las Ciencias Sociales argentinas* (1899); c) históricas: *La ciudad indiana* (1900), *Ensayos y Notas* (1903); d) sociológicas: *Sobre nuestra incultura* (1922), *Sobre el teatro nacional y otros artículos y fragmentos* (1921). *Cuadros y caracteres snobs* (1923), *Chiche y su tiempo* (1922). A las obras de prosa imaginativa pertenecen: a) novelas históricas: *Memorias de un sacristán* (1906), *La Chepa Leona* (1910); b) de teatro: *Del uno al otro* (1920), *El mundo de los snobs* (1920), *La Cuarterona* (1921), *Un episodio bajo el Terror* (1923). Queda todavía una serie de escritos menores, cartas, reportajes, sumarios de clases, páginas sueltas, que se podría recoger con el nombre de Miscelánea.

De estas obras, las que interesan para el estudio del pensamiento de García son principalmente las de interés filosófico, jurídico, sociológico, e histórico. Las novelas históricas y las obras de teatro son como flores de las primeras. Aclaremos. En las obras históricas y sociológicas y jurídicas el autor estudia la realidad del pasado y el presente de la Argentina. Basta recordar *La Ciudad Indiana*, *Ensayos y Notas*, *Introducción a las Ciencias Sociales*, libros en los cuales estudia el pasado argentino. Otras, *Sobre nuestra incultura*, *Cuadros y caracteres snobs*, *Sobre el teatro nacional*, *Chiche y su tiempo*, estudian el presente de la realidad social argentina, señala sus lados negativos y ofrece correctivos y soluciones. Como flores más o menos fantásticas de esas obras encontramos los libros de imaginación, cuya base histórica se encuentra en aquéllos, particularmente dos: *Memorias de un sacristán* y *La Chepa Leona*. Son novelas históricas. En torno de los personajes, a los que García no le tenía ninguna simpatía, de *Cuadros y Caracteres Snobs* y *Chiche y su tiempo*, hace girar el autor los aspectos intelectuales del Buenos Aires de su época. Están formados por una serie de artículos que fueron publicados en el diario *La Prensa*, artículos de costumbres como los que Alberdi firmaba con el nombre de *Figarillo*. Tienen un fondo polémico, porque García no era partidario de los personajes que hace desfilar en esas obras. Rastrearemos, pues, el pensamiento de este importante e interesante escritor argentino en sus libros de prosa no imaginativa.

UBICACION FILOSOFICA

Juan Agustín García no ha sido un filósofo en el sentido técnico y especializado del término. Pero ha sido un hombre culto, con lecturas filosóficas que han influido en la orientación de su pensamiento y de su obra. De esas lecturas algunas han sido decisivas, tales como las de Taine, Renán y Bain en su juventud, y otras han influido menos profundamente, aunque sus huellas son notables en sus escritos, como ocurre con las de Hegel, Schopenhauer. Aquéllas han sido las influencias profundas; las otras se muestran más superficiales. La personalidad y la obra de García se nos presenta como las de un historiador, un hombre versado en derecho, un ensayista en temas sociales y culturales. Dejamos de lado, naturalmente, sus escritos literarios, de creación, cuyo estudio y evaluación escapa al interés de estas páginas.

¿Qué pensaba Juan Agustín García de la filosofía? En su libro *Sobre nuestra incultura* hallamos algunas páginas esclarecedoras, que pertenecen a tres artículos breves: *Un poquito de filosofía* (1), *En plena metafísica* (2) y *La dirección de la vida* (3). La filosofía sirve, según nuestro autor, para ordenar la vida moral de un pueblo o de un hombre. Considera la filosofía en función del individuo y en función social. Desde el primer punto de vista sirve para ordenar nuestra vida y nos enseña a pensar. En este sentido dice: "...Si el lector hace su examen de conciencia, observará que a su alma la forma una serie de percepciones acompañadas de un canto emotivo, que le da algo así como su tonalidad general. Para mantener unida esa muchedumbre y que no se disperse y lo conduzca a la incoherencia, es necesaria una filosofía, un lazo de unión y un elemento director. Buena o mala, ordinaria o distinguida, grosera o idealista, o del simple buen sentido, casi todos los hombres constituyen su sistema antes de los veinticinco años y con él marchan a través de la vida. Es por eso que es exacto y profundo el párrafo de Taine que

(1) Juan Agustín García: *Sobre nuestra Incultura*. En *Obras Completas*, págs. 970-975. Edición Antonio Zamora. Buenos Aires, 1955.

(2) Juan Agustín García: *Sobre nuestra Incultura*. Art. "Un poco de filosofía". *Obras Completas*. Págs. 1015-1021. Edic. citada,

(3) Juan Agustín García: *Sobre nuestra Incultura*. Art. "En plena metafísica". *Obras Completas*. Págs. 1021-1024. Edición citada.

nos sirve de epígrafe" (4). Las palabras aludidas dicen: "...il faudrait lui montrer les cinq ou six grandes idées que nous avons sur l'esprit et le monde. Cela seul lui donnerait la mesure de notre intelligence". Cuando García escribía estas palabras estaba en los sesenta años, uno antes de su muerte: 1922.

Casi veinte años antes, en 1903, había publicado su libro *Ensayos y Notas*. En él aparece un artículo sobre el temperamento, que contiene una visión de la filosofía desde el lado individual. Allí leemos: "Ese concepto idealista de las cosas, producto de una cultura filosófica intensa, implica casi siempre una naturaleza de selección y ricamente dotada. Las doctrinas no se eligen o se aceptan previo juicio contencioso: cada hombre tiene la teoría y la verdad de su temperamento. Las tendencias generales del espíritu y los instintos subconscientes forman nuestras convicciones, sin perjuicio de seguir ilusionados con la amable mentira de que las obtenemos razonando; frutos de nuestra labor, algo vanos... En el común de los casos la inteligencia voluntaria interviene a *post facto*; la idea se crea en misteriosas regiones y es el resultado de un largo proceso, cuya génesis y desarrollo permanecen ocultos. Por eso la firmeza invariable de opiniones suele ser signo de un organismo pobre; el mundo es demasiado complicado para encerrarlo en un solo marco. El éxito de la filosofía hegeliana viene de su flexibilidad, abarca todo, inclusive el error, que es una de las partes más interesantes, y a veces dramáticas de la vida moral de los hombres" (5). La transcripción del pasaje muestra que el fondo filosófico de Juan Agustín García son las ideas del positivismo psicológico de Taine, a pesar de la referencia a Hegel, que queda en la superficie. Otro tanto ocurre con alguna referencia a Schopenhauer.

Junto a la función individual de la filosofía, está la función social en la vida de los pueblos. Este aspecto es de gran importancia para nuestro autor. ¿En qué consiste ese lado social? El autor de *La Ciudad Indiana* responde así: "Para un pueblo, una filosofía, es decir, la conciencia de sí mismo, de la continuidad de su vida moral, de su papel en la historia, es algo indispensable. Mientras no la tenga caminará un poco sin rumbo, a ciegas; y en estas incertidumbres se pierden fuerzas muy preciosas. Y puede malograrse su influencia política y descender a ese nivel de los países sin mayor importancia y que se reemplazan el día en que se siembran de trigo nuevas llanuras. Ese papel de panadero o de carnicero de la Europa, no es suficientemente bello para halagar el orgullo patrio y darnos una hidalguía estimable. Los griegos producían uvas, higos, aceitunas y una miel muy delicada. Pero no fue por ahí que conquistaron el aprecio de los hombres. Así, y sin quererlo, volvemos a Hegel. En la vida de un pueblo, lo bello, lo divino, lo grande, es la obra de la Idea" (6). La entrada en la historia de un país, viene a decirnos García, se hace a través de sus sistemas de ideas. En este pasaje que pertenece a

(4) Juan Agustín García: *Sobre nuestra Incultura*. Art. "La dirección de la vida". *Obras Completas*. Págs. 1024-1027. Edición citada.

(5) Juan Agustín García: *Sobre nuestra Incultura*. Art. "Un poco de filosofía". Ya citado.

(6) Juan Agustín García: *Sobre nuestra Incultura*. Art. "Un poco de filosofía". Ya citado.

su obra *Sobre nuestra incultura*, y que data de 1922, el autor recuerda a Hegel. En *Ensayos y notas*, que proviene de 1903, en un trabajo sobre las ideas constitucionales de Groussac dice sobre poco más o menos lo mismo, pero entonces recuerda a Taine. He aquí el pasaje: "La falta de una filosofía es todo un síntoma del estado social: la civilización empieza y concluye con los pensadores. Al fin y al cabo lo que forma la responsabilidad de un país y le da entrada en la Historia, son sus dos o tres ideas generales; por ellas viven todavía la Grecia y el Imperio Romano. Pourquoi vit une nation ou un siecle, sinon pour les former?, dice Taine". ¿Taine y Hegel? No hay que extrañarse. El positivismo psicologista del primero está penetrado de hegelianismo, aunque interpretado dentro de los cauces del mecanicismo. Taine halló la orientación de su positivismo en la lectura de Espinoza y de Hegel. No hay que asombrarse, pues, que en el discípulo argentino de Taine, Renán y Bain se encuentren ideas de Hegel y aún de Schopenhauer, pero siempre un poco en la sobrehoz de la cobertura filosófica.

No hay desenvuelta en Juan Agustín García una metafísica explícita. Pero a diferencia de los positivistas crasos de la generación de 1880 y de algunos de sus contemporáneos, encontramos en él una valoración afirmativa de esa disciplina filosófica. La metafísica es inesquivable. Quiera que no, de un modo consciente o inconsciente, el hombre hace metafísica. Sus ideas van envueltas en las distintas actividades humanas, constituyen el meollo y contenido profundo de las mismas. Y es preferible a ser un metafísico inconsciente, iluminar reflexivamente ese fondo de metafísica más o menos bien digerida. En el artículo *En plena metafísica* leemos: "Aunque al lector no le parezca, la metafísica anda siempre un poco por el aire que respiramos, y sus gérmenes, buenos o malos, se introducen en nuestra inteligencia y a veces la perturban. Así, se hace filosofía sin darse cuenta, de una manera inconsciente. Y más de una vez en el discurso político aparece una luz, que viene de muy alto, y sin culpa del orador, y el público la absorbe maquinalmente". Ilustra estas afirmaciones con el ejemplo de la política de Robespierre, que es la coagulación de la filosofía y la metafísica de las luces o la ilustración; con la filosofía política de Marx y de Lenín, que se nutren, aunque dándole un rumbo distinto, en las ideas de Hegel; con la influencia, que llama nefasta, de Spencer en la educación y política argentinas. Señala la influencia práctica de Fichte en Alemania, la de Comte en el Brasil. Y concluye que si la metafísica no se cultiva en la educación, ocurre que los alumnos la recogen malamente de los aventureros de la filosofía (7). En estas páginas anota los estragos del naturalismo y el materialismo de Haeckel y Büchner en la educación filosófica y en la cultura de la Argentina. Evidentemente García había superado el positivismo craso de los hombres del 80 y de los científicos de su generación, aunque no llegó a una posición clara como la de Alejandro Korn. Se mantuvo en la transición cultural hacia las nuevas corrientes filosóficas que trae la generación de 1910. Por eso hemos dicho que, si bien el autor de *La ciudad indiana* pertenece a la generación de 1896, es un hombre con

(7) Juan Agustín García: *Sobre nuestra incultura*. Art. "En plena metafísica". Ya citado.

el cual no hubiera sido difícil ponerse de acuerdo en una cantidad de cosas aún en la actualidad, como por ejemplo, en la necesidad de dar mayor substancia humanística a la educación argentina.

La importancia excepcional que García daba a las ideas, en particular a las filosóficas, en la historia viva de los pueblos y las naciones, hizo que recomendara en su enseñanza universitaria en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, a los jóvenes estudiosos, el estudio del desarrollo de las ideas argentinas. Su vasta obra aparece atravesada de esta preocupación, que alimenta muchas de sus páginas, en particular las que se refieren a la filosofía política de los hombres de la emancipación, la generación de 1837 y algunos de la del 66, como su estudio sobre las ideas de derecho constitucional y filosofía política de Groussac. En su libro *Sobre nuestra incultura* figuran dos artículos que tratan acerca de *Cómo pensaron los argentinos*. En ellos señala que no ha habido en la Argentina, durante el siglo XIX y hasta la fecha en que escribe, pensamiento filosófico desinteresado. Las ideas han estado siempre en función de la acción. La dura brega civil y militar durante la época de la emancipación, más tarde durante los intentos de organización del país, los años de anarquía y del gobierno de Rosas, el período de la reorganización, la urgencia de poblar el país y conducirlo por las vías del progreso, todo ello hizo que las grandes figuras que actuaban como portaestandarte de los tiempos pensaran para actuar, pensaran de un modo pragmático, sin que los tiempos permitieran otra cosa. Aún los grandes héroes civiles, tales como Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Mitre, López, no escapan a esa situación. Pero la filosofía política es "una categoría algo inferior del pensar". El pensamiento desinteresado, sin urgencias prácticas, no ha sido alcanzado por el alma argentina. Alberdi, que fue el hombre más profundo del siglo XIX y con vistas más amplias en el país, tiene de la filosofía una interpretación muy concreta. García recuerda estas palabras de Alberdi, de su *Curso de Filosofía*, dictado en Montevideo en 1842: "que la filosofía del siglo XIX, no es la filosofía del XVIII, porque cada siglo, teniendo su misión peculiar, es decir, sus ideas, sus cuestiones, sus intereses, sus tareas, sus fines exclusivos y propios, quiere tener y tiene también su filosofía peculiar. Porque aun cuando la filosofía es una en todos los tiempos y países, pues que la verdad es una en todos los instantes y lugares, hay, sin embargo, momentos en que la filosofía se ocupa exclusivamente de la indagación de ciertas verdades, que son las que importan a ese momento y a ese lugar, por medio de cierto método, de cierto proceder que es el que conviene a la verdad en investigación, y de aquí es que la filosofía se divide en distintas épocas, y en distintas ramas, que la costumbre ha hecho que se llamen filosofías diversas". Y agrega Juan Agustín García: "Esta es la mayor altura a que llegará el pensamiento argentino en materia metafísica. Una reflexión sobre cosas prácticas". Con los hombres de la generación del 80 ocurre lo mismo. Les gustan las ideas generales cuando se traducen en algo concreto, ferrocarriles, policlínicos, laboratorios, dice nuestro autor. Atribuye a esa actitud pragmática el hecho de que la Facultad de Filosofía y Letras, creada el 13 de abril de 1895, lleve una vida modestísima entre sus hermanas universitarias: es la cenicienta de la Universidad. Sin embargo, García no era

pesimista con respecto al desarrollo de la educación filosófica en la Argentina. "Debemos crear nuestra filosofía argentina", decía, que aparezca nuestro ideal propio de la verdad, de la Justicia y de la Belleza". Y anunciaba para dentro de cincuenta años esas "plantas de privilegio que constituyen una civilización seria". Sus esperanzas se están confirmando, puesto que los estudios filosóficos están entrando en la Argentina en su período de madurez.

Juan Agustín García no ofrece, sin embargo, un estudio prolijo del desarrollo de las ideas filosóficas en la Argentina. Ha estudiado con particular interés la evolución histórica de los sentimientos del pueblo argentino. Y se comprende: el positivismo psicologista de Taine y Renán, de Bain y de Ribot, en que se había formado, más la metodología histórica de la escuela de Fustel de Coulanges, y su propia espiritualidad de registros tan finos, le ponían en inmejorables condiciones para el estudio histórico a través de la psicología social. Pero la consideración de este aspecto de la obra de García merece un estudio aparte.

LA PSICOLOGIA SOCIAL

Juan Agustín García era el hombre de los matices, sentía el encanto de la media luz en sus estudios históricos, sociales o jurídicos. No era muy afecto a las verdades evidentes para todo el mundo y que se prestan a las demostraciones rotundas. Nada le era "tan antipático como la sólida demostración que nos priva del amable placer de la duda; y nada tan saludable como el error confesado: nos da tolerancia y bonhomía; dos cualidades eximias" (8). Un hombre así por temperamento y espíritu tenía que cosentir con el positivismo psicologista de Taine, de Renán, de Ribot, de Bain, de Richet, de Sergi, de Ball, de Romanes, de Wundt... En sus estudios históricos le interesaba la trama normal de la vida, antes que la historia militar, política o económica. Se adentra en el alma del pueblo, escudriñaba sus sentimientos dominantes, aquellos que constituían el motor de los acontecimientos. Más que la historia de las ideas, a García le preocupaba el estudio histórico de los sentimientos del pueblo argentino. De allí su interés en los estudios de psicología, que se despierta en su juventud, como lo prueban sus páginas sobre la formación de las ideas, que datan de 1893 y el segundo capítulo de su trabajo sobre las *Ciencias Sociales*, que proviene del año 1899.

El concepto de psicología de nuestro autor se inscribe naturalmente dentro de la orientación filosófica a que ya nos hemos referido. "La psicología o ciencia mental, dice, es el estudio de todos los fenómenos llamados psicológicos, las impresiones que causa el mundo exterior, los hechos de la inteligencia, los deseos, los placeres y dolores en sus distintas formas y manifestaciones" (9).

(8) Juan Agustín García: *Ensayos y Notas*. Art. "La formación de las ideas". Pág. 1843. Edición citada de sus *Obras Completas*.

(9) Juan Agustín García: *Ciencias Sociales*. Cap. III, Pág. 130. *Obras completas*, Edición citada.

Dos autores y dos obras han influido particularmente en esta delimitación científica de la psicología: Taine con su libro *L'Intelligence*; y Bain con *Les sens et l'intelligence*. Los fenómenos psíquicos son estudiados en su aparición, en su desarrollo, en sus combinaciones y en sus resultados finales. Sobre la naturaleza intrínseca de los mismos, sobre las antiguas cuestiones de la psicología racional y metafísica, la psicología científica no dice nada. Es como las demás ciencias positivas una ciencia de hechos.

Desde el punto de vista metodológico, la psicología se subdivide en psicología histórica, psicología especial o del carácter, psicología social y otras subdivisiones de menor interés. Naturalmente al historiador que hay en Juan Agustín García, le interesan estas ramas. La psicología histórica estudia los nombres del pasado, los fenómenos tan curiosos de las muchedumbres. Recuerda a este propósito el libro de Sighele, *La foule criminelle*, y de Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas*. En la psicología especial o del carácter se aplican las leyes generales de la psicología a los casos concretos. Recuerda el uso de los conocimientos psicológicos en la crítica literaria contemporánea, en los estudios sobre músicos y artistas plásticos, sobre genios creadores y grandes figuras de la historia europea. La psicología social estudia la psicología de los grupos sociales. Su método es histórico descriptivo y tiene un fuerte acento nacional.

En su trabajo *Formación de las ideas*, considera, con Taine y Bain, a las sensaciones como el resorte básico y fundamental de la vida psíquica, de la que deduce "todo el mecanismo de la inteligencia: las imágenes, las ideas y los signos, los sustitutos admirables de todo ese proceso interno que comienza en el hecho primordial, la simple sensación, sigue la imagen que la reemplaza, y el signo, una palabra, a veces un gesto, que comprende todos estos elementos, los representa y los sugiere". Estudia las manifestaciones elementales de la actividad humana, el instinto, los automatismos, los hábitos, la voluntad. Y termina su estudio con la consideración sintética de la persona humana, a la que García presenta como "el maravilloso producto de esta innumerable serie de fenómenos psicológicos".

En su libro *Ciencias Sociales* (1899), nuestro autor retoma el tema de la psicología social. Esta tiene que ser eminentemente nacional. Y como a García le preocupaba desde su juventud el problema de la Argentina, su interés se vuelca hacia esta cuestión. En las ciencias sociales y en las ciencias históricas la psicología ayuda a conocer los sentimientos dominantes del pueblo, que son el motor de la acción histórica. El conocimiento de las ideas ayuda a tomar conocimiento de sí misma a la nación, a la autoconciencia de los rumbos del pueblo, sin la cual se marcha a ciegas en la historia. Ilustra sus ideas diciendo que para el estudio de la psicología argentina se deberá comenzar por el estudio de la sociedad colonial, de sus maneras de sentir y de pensar, de las peculiaridades psicológicas de los distintos grupos étnicos, económicos y sociales, que viven sometidos a especiales influencias físicas y morales. Señala la importancia que tienen los factores raciales y hereditarios. Como en aquella obra le interesa el aspecto sociológico, esas indicaciones generales las aplica

a los grupos sociales extranjeros que viven en el país. A través de cuanto llevamos dicho se observa que Agustín García, por estos años de su formación juvenil, se inscribe dentro de un positivismo psicologista de sesgo asociacionista y mecanicista, pero sin la crudeza y estrechez que presenta en los maestros europeos. Este fondo perdurará en su formación posterior, aunque atenuado con otros elementos filosóficos provenientes de Hegel, Schopenhauer, Tarde, que dan un colorido particular a su pensamiento.

EL PENSAMIENTO SOCIOLOGICO

En materia de pensamiento sociológico, Juan Agustín García está influido por el positivismo de Tarde (*Les lois de l'imitation*), de Giddings (*Principles de sociologie*) y de Vignes (*La science sociale d'après les principes de Le Play et de ses continuateurs*). Así como explica la trama normal de la vida histórica mediante los sentimientos dominantes en el pueblo, explica la vida social, económica y política por medio de los deseos de los hombres, de sus aspiraciones y sentimientos. Repitiendo a Tarde, dice que una creencia "es el alma de las palabras de un idioma, de las plegarias de una religión, de los artículos de un código, de los deberes de una moral, de los trabajos de una industria". La acción social con sus innumerables repeticiones imitativas generaliza los sentimientos, las ideas y las aspiraciones individuales. El autor de *La ciudad indiana*, que aparece en 1900, un año después de *Ciencias Sociales*, ejemplifica con el ejemplo de la sociabilidad en el Río de la Plata. Explica los movimientos de la agrupación social por medio de tres o cuatro sentimientos dominantes, que son los mismos que, cuando hace historia de los siglos XVII y XVIII argentinos, le permiten explicar los acontecimientos históricos y la trama cotidiana de la vida del pueblo. Esos sentimientos son: 1) sentimiento de la futura grandeza del país; 2) el desprecio de la ley; 3) el pundonor criollo; 4) la preocupación exclusiva de la fortuna. A ellos se suman algunos otros, tales como el culto del coraje, el sentimiento de fidelidad. En otros trabajos, como en *Filosofía política* y Groussac, que figura en su libro *Ensayos y Notas* (1903), destaca la imprevisión y la ligereza como rasgos de la psicología argentina. Y en una disertación sobre el libro de Sarmiento *Conflictos y armonía de las razas* señala que aquél "debió haber concedido mayor atención a cuatro sentimientos éticos que, según García, son la clave de la ética de nuestra América: el sentimiento del deber, el sentimiento de la verdad, el sentimiento de Dios y el sentimiento del trabajo. Pero lo que importa destacar aquí es el carácter psicologista de estas interpretaciones de la realidad social e histórica. Juan Agustín García no llegó a vislumbrar las interpretaciones axiológicas, que traen los hombres de la generación de 1910. Se mantuvo dentro del positivismo psicologista de Taine y Renán. Naturalmente a sus investigaciones debemos el conocimiento del alma del pueblo argentino en el pasado y en el presente que le tocó vivir al ilustre historiador de *La Ciudad Indiana*.

Además de la psicología social, como medio de explicar los sentimientos dominantes en la religión, la economía y la legislación argentinas, Juan Agustín García da mucha importancia en la explicación sociológica al medio, la raza, el momento histórico y el factor económico. Así, en el capítulo tercero

de sus *Ciencias Sociales*, destaca la importancia de todos esos factores sociológicos. Sigue fiel, en lo fundamental, a las ideas de Taine. En la sociedad argentina del siglo XVII y el XVIII señala la presencia, la influencia de los blancos, los indios y los negros, la descendencia y mezcla de éstos, la influencia del medio geográfico rioplatense, la influencia de la distribución de la tierra en la formación de la familia urbana y aristocrática, y de la familia rural y campesina. En *La ciudad indiana* las explicaciones históricas responden a los mismos criterios.

Los temas de la sociología de García son: la psicología social de la masa social del pueblo, el papel morfogenético de la raza, el medio y los intereses económicos, la descripción de la familia, mostrando la influencia de aquellos factores en su diferenciación social, y por último la forma de la agrupación social en la concepción de estado democrática y republicana, y en la forma de gobierno federal o unitaria. A este respecto escribe: "...Las sociedades, como los organismos físicos, entran por el marco que más conviene a sus tendencias. Según los parajes, la composición química del suelo, las condiciones climáticas, el mismo árbol se desarrolla en un sentido o en otro: en ciertas partes da fruto, en otras todo lo absorbe la hoja; en los trópicos será espléndido, en climas fríos una planta mediocre. Así la sociedad toma la forma democrática en ciertos casos, cuando la propiedad territorial, la industria y el comercio adquieren determinados caracteres, despiertan en los hombres sentimientos de iniciativa, de independencia intensos, o cuando la miseria, la ignorancia, arrasan todas las clases nivelándolas con su medida igualitaria. Toma la forma aristocrática si las circunstancias son diversas; es republicana, monárquica constitucional o absoluta, como la planta es árbol o arbusto según los climas. El rol de la ciencia es observar estas distintas formas, clasificarlas y seguir su evolución". Y con Comte agrega: "El régimen político debe ser juzgado en relación con el estado de civilización. Este concepto presenta toda idea de bien o de mal político como relativa y variable". (10).

El método para estudiar todas estas cuestiones es el método histórico. Dentro del mismo figura el aspecto psicológico social, el étnico-geográfico y el económico social. Y de nuevo regresa aquí la figura de Taine.

CONCEPCION DEL DERECHO

La concepción del derecho de Juan Agustín García aparece en su libro *Ciencias Sociales* (1899). Critica a Alberdi su interpretación filosófica. Aunque reconoce que las influencias de Savigny lo ubican a primera vista en la escuela histórica, le critica su interpretación racionalista del derecho y sus leyes. García no distingue de un modo explícito el historicismo romántico de Savigny de la filosofía jurídica del racionalismo iluminista. En realidad atribuye este último a Alberdi, además de cierta ligereza y superficialidad de espíritu, aunque con los años rectificará estas apreciaciones de la juventud. Na-

(10) Juan Agustín García: *Ciencias Sociales*. Cap. VI "El derecho". Pág. 155, Obras Completas. Edición citada.

turalmente, su punto de vista es el del positivismo de Taine, Renán, Blackstone, etc. Si recordamos aquí su juicio sobre Alberdi, es porque por contraste asienta sus propias ideas sobre la naturaleza del derecho. Alberdi se pregunta: "¿Cuál es el espíritu de todas las leyes escritas de la tierra? La razón, ley de leyes, ley suprema, divina, es traducida por todos los códigos del mundo. Una y eterna como el sol, es móvil como él, siempre luminosa a nuestros ojos, pero su luz siempre diversamente colorida. Estos colores diversos, estas fases distintas de una misma antorcha, son las codificaciones de los diferentes pueblos de la tierra: caen los códigos, pasan las leyes para dar paso a los rayos de la eterna antorcha". En lugar de advertir el historicismo romántico que late en las palabras de Alberdi, cuyo origen se encuentra en Lermínier y a través de éste en Savigny y Herder, ve él en ellas el fruto del más puro racionalismo. Contesta a aquellas palabras alberdianas diciendo: "Nada más falso: la *razón* es una palabra general como el derecho; no es una entidad misteriosa, con vida propia, independiente de las innumerables *razones* particulares que la constituyen. Decir que el espíritu de las leyes es la *razón*, es una simple frase, un conocimiento verbal. El espíritu del derecho es su historia, la explicación de las causas que contribuyeron a formarlo. El resto de la frase es una simple figura *retórica*, excelente para confundir más las ideas. ¿Qué es la *razón* luminosa, siempre presente a nuestros ojos, con sus distintas fases? La psicología nos dice que el alma humana es una síntesis, un conjunto de todas las percepciones, sensaciones, imágenes, ideas, tendencias, que constituyen la *personalidad*; que la memoria, la razón, la voluntad, son la serie de recuerdos, generalizaciones, deseos presentes, pasados y futuros de cada uno. La ciencia del Derecho, su historia y filosofía, la política, nos demuestran que la razón no es fuente ni espíritu de ninguna institución; que en la mayoría de los casos los razonadores se han equivocado radicalmente; que con arreglo a esa *ley divina* concibieron un derecho, una historia, una política, enteramente falsa, contradictoria, artificial, diversa de la realidad. La psicología colectiva nos demuestra que los razonamientos populares son la resultante de sus pasiones e instintos, formados e influenciados directamente por todos los fenómenos sociales y físicos que componen el *medio*. En resumen, la razón es el poder de *generalizar*, de notar las cualidades comunes de las cosas para formar una abstracción que designamos con un nombre" (II). Este pasaje muestra una vez más el positivismo psicologista y el positivismo sociológico de nuestro autor. Su negación de la razón universal, su historicismo positivista del medio, su concepción nominalista de los términos universales, su psicologismo en la explicación de los hechos sociales, son suficientemente explícitos para quien sepa leer filosóficamente.

Cuando estudia la naturaleza de la ley, afirma que "la ley es la traducción del derecho en el idioma, revestido de una autoridad absoluta". Y transcribe conceptos de Blackstone. "La palabra ley, en su sentido general y más comprensivo, designa una regla de acción, y se aplica indistintamente

(11) Juan Agustín García: *Ciencias Sociales*. Cap. VII. "La ley: su naturaleza". Pág. 164. En *Obras Completas*. Edición citada.

a toda especie de acción, sea de los cuerpos vivos o inertes de los seres racionales o irracionales. Así, se dice las leyes del movimiento, de la gravitación, de la óptica, de la mecánica, lo mismo que las leyes de la naturaleza o de las naciones". El derecho, según García, se forma en el seno del pueblo, se desarrolla en el tiempo histórico, se consolida y aparece como tal a la vista de todos. El derecho tiene una base real en la psicología social del pueblo (resultado a su vez de la raza, el medio o ambiente geográfico, el momento histórico y el factor económico), allí aparecen primero como relaciones concretas, que poco a poco se van consolidando y estableciendo. El juriconsulto las formula, las estudia, las corrige, y el poder público "completa la obra, dictando la ley que al derecho lo enviste de una autoridad plena. Una por una, todas las instituciones humanas, incorporadas a los códigos, se han formado así, en épocas en que no imperaban en el mundo las teorías fantásticas de los creadores de la soberanía popular" (12). El derecho tiene un origen natural en la vida del pueblo. Las relaciones de derecho son antes concretas, consuetudinarias, nacen como los hongos de la tierra, que poco a poco van apareciendo, hasta adquirir su forma completa. El juriconsulto, el legislador, el hombre de derecho son los que descubren esas nuevas relaciones reales y su papel consiste en formularlas como normas jurídicas. Estas no viven por sí mismas. Se nutren con la sabiduría de la vida histórica del pueblo. El normativismo jurídico no puede fundarse en ninguna razón universal y abstracta. Vive y desaparece con la vida del pueblo. Sobre estas ideas vuelve Juan Agustín García cuando se ocupa del Código Civil de Vélez Sársfield, a quien achaca precisamente haber abandonado las fuentes vivas del derecho que tenía el pueblo argentino y que procedían del derecho español.

HISTORIA Y FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

El tema de la naturaleza de la historia y de la filosofía de la historia lo ha tratado Juan Agustín García en algunas páginas de su extensa obra de escritor. Aparece en el prólogo de *La Ciudad Indiana*, en algunos capítulos de su libro *Sobre nuestra incultura* y en *Notas y Ensayos*. En la segunda obra, hay un trabajo de mucho interés, con el título de *Al margen de la civilización*. En él sostiene que todo país vive en una civilización o en una cultura, como decimos ahora. Esa civilización puede ser brillante o atrasada, pero ella es inescapable para la vida humana, que en su vida en el mundo siempre se da en una malla o sistema de ideas y creencias, formadas en el curso de la historia de los pueblos. Como factor decisivo señala la raza. "Se tienen ciertos sentimientos y emociones, un determinado ideal, un concepto de la belleza, de la bondad y de la moral, de acuerdo con esa corriente que arranca de un fondo lejano del pasado y arrastra todos los esfuerzos ancestrales para me-

(12) Juan Agustín García: *Sobre nuestra incultura*. Art.: "Un poco de Historia..." Pág. 1002. En Obras completas. Edición citada.

jorar la vida y elevar las almas". (13). En ese sistema de ideas y creencias hay una línea dominante que imprime su sello a todas las manifestaciones de la vida colectiva, desde la economía a la religión. En la civilización europea occidental, esa línea dominante, que constituye el centro de gravedad del sistema de ideas, cambia cada tres o cuatro lustros con el cambio de las generaciones y los sistemas filosóficos, las teorías estéticas, los conceptos de la vida y el mundo.

El autor de *La ciudad indiana* ilustra su pensamiento con el ejemplo de lo que ha ocurrido en Europa y en la Argentina. El individualismo económico y social, característico de la primera mitad del siglo XIX, coincide con el romanticismo artístico y las teorías de Darwin y Spencer, que interpretan el proceso histórico como resultado de la lucha por la existencia y la supervivencia del más apto. Hacia los días en que escribe García, el rasgo característico es la solidaridad social. La socialización predomina en la economía, la filosofía política, la filosofía, la vida cotidiana. En la historia argentina, nuestro autor toma dos momentos de ella: la época de Rosas y la época que le toca vivir como un presente al historiador. Caracteriza el primero la vigencia de un nacionalismo extremado, que García califica de feroz y salvaje; el desprecio de la riqueza y el lujo, y un orgullo enfermizo que se puede concretar en este dicho de vieja ascendencia hispánica: ¡Naidas es más que naidas! Y como coronamiento el amor a la patria, "una patria brava, sangrienta, ceñuda, algo brutal". Por los años en que escribe García (1922), el rasgo común y dominante de la época es la democratización avasalladora que penetra el teatro, la novela, la educación, la pintura, la política, la economía, la vida toda. Nuestro autor no tiene ninguna simpatía por esta época que le toca vivir, que le parece vulgar, mediocre y grosera.

La civilización argentina tiene tres raíces profundas, que la nutren a través de la cultura del Mediterráneo: Atenas, Roma y Jerusalem. De Grecia nos llegaron los sistemas filosóficos, las ideas estéticas, el cultivo del pensamiento y la claridad de espíritu. De Jerusalem el sentimiento de justicia, las raíces de la moral, el espíritu de abnegación y altruismo. El sistema moral incluido en el Sermón de la Montaña, superior a los pseudosistemas de moral positivistas, "fueron el encanto y el consuelo de los hombres durante muchos siglos y continúan desempeñando la sagrada función entre los pueblos más cultos de la tierra". Y agrega García: "Hace cuarenta años se observó, con el criterio spenceriano, que todo eso era cuento y tontería. Se sometieron al criterio de la pedantería de la ciencia histórica los cuentos de hadas y se resolvió que era más útil intensificar los estudios de la naturaleza para las niñas y la instrucción cívica para los niños". A través de lo que llevamos dicho se observa que, aunque Juan Agustín García, continúa dependiendo en materia de filosofía de la historia de Taine, su positivismo no es craso y crudo, sino que está criticado y superado con otras ideas que reaccionan contra aquél. Por eso hemos dicho que en él reconocemos muchos hilos culturales que conducen

(13) Juan Agustín García: *Ensayos y Notas*. En "Prefacio a una revista nueva". Pág. 499, En *Obras Completas*. Edición citada.

a la generación de 1910, en cuyos hombres García podía entenderse en muchas cosas.

En la concepción historiográfica de Juan Agustín García influyen el positivismo psicologista de Taine, los métodos de investigación de Fustel de Coulanges y algunas ideas de filosofía de la historia de Hegel y Schopenhauer. En su libro *Sobre nuestra Incultura* figuran algunas reflexiones sobre estas cuestiones que iluminan la posición del autor. En el artículo *Un poco de historia y otro de historias...* escribe que la cuestión de la naturaleza de la historia, si se la toma en abstracto, quedará siempre por resolverse (14). Para unos será ciencia (Fustel de Coulanges, Menéndez Pelayo), para otros será un arte (López), para otros psicología (Taine), para otros, en fin, política, economía, etc." Desde el punto de vista del quehacer concreto del historiador, la "historia es una época o un hombre reflejado a través del temperamento de un escritor. El hombre concibe las cosas a su medida, decía el viejo Protágoras. Entre esas cosas va incluida la historia". Cada uno, autor o lector, la ve a su manera, y los personajes se deforman o embellecen según la inteligencia y los sentidos que los perciben". A través de este pasaje se advierte el relativismo histórico de Juan Agustín García, que aquí recuerda a Protágoras, pero que en otros textos, como en el último párrafo del prólogo de *La Ciudad Indiana* lo pone en conexión con la filosofía de Schopenhauer, de la cual era asiduo lector y que confiesa que ha tenido gran influencia en este aspecto. En el párrafo aludido, leemos: "Si el mundo fuera un fenómeno cerebral, como lo enseña Kant y su discípulo Schopenhauer, la obra histórica sería la simple visión de su autor; los fenómenos no se reflejarían en su exacta realidad, sino deformados por nuestra inteligencia, con los defectos y peculiaridades de cada cámara mental". Pero en otros pasajes de la obra de García, su filosofía de la historia se vincula con el pensamiento de Hegel. Así en su libro *Ensayos y Notas*, en las páginas que contienen el *Prefacio a una Revista Nueva*, afirma "hay una idea inmanente en las cosas y en los hechos de este mundo, que preside su desarrollo y niega el triunfo a los brutos fuertes, para darlo a la inteligencia que tiene clara noción de sus fines. De lo contrario, el progreso humano quedará librado al más caprichoso azar. La Historia es la lucha de estas ideas encarnadas en los diversos países, en su literatura, en el arte y en la industria, y cada nación es un símbolo, la forma material de esa alma oculta. Y su papel en la vida es realizar la idea, llevarla a su estado de conciencia absoluta, por el análisis prolijo, el estudio profundo de su historia y de sus tendencias" (15). Esta oscilación entre Schopenhauer y Hegel, en materia de filosofía de la historia, es permanente en Juan Agustín García. A ratos piensa que el conocimiento histórico se refracta a través del espíritu del historiador y que su relativismo es inesquivable, a ratos piensa que el proceso histórico, con particular referencia a la Argentina, tiene como principio animador la

(14) Juan Agustín García: *Sobre nuestra Incultura*. Art. "Un poco de Historia..." Pág. 1002, En Obras Completas. Edición citada.

(15) Juan Agustín García: *Sobre nuestra Incultura*. Art. "Un poco de Historia..." Pág. 1004, En Obras Completas. Edición citada.

idea, el espíritu, y que para rastrear ese principio inmanente a los hechos y acontecimientos históricos es preciso antes la descripción y el análisis de los fenómenos políticos, económicos, sociales, morales y religiosos, de carácter público o privado, del país. Esos fenómenos pueden revelar la actividad de esa realidad metafísica que anima la historia del pueblo argentino y que el filósofo de la historia del futuro concretará en tres o cuatro ideas fundamentales, claras y precisas, que den autenciencia histórica al país. Juan Agustín García no se siente con fuerzas para realizar esa tarea filosófica. La entrega a los estudios del futuro.

Pero en el quehacer historiográfico concreto, Juan Agustín García sigue los cauces y los métodos de Fustel de Coulanges y la filosofía de la historia de Taine y Renán, de fuerte carácter psicologista como hemos dicho. En materia de método el historiador argentino sigue al primero de los autores nombrados que aconsejaba: "estudiar directa y únicamente los textos en el más minucioso detalle, no creer sino lo que demuestran, y separar resueltamente de la historia del pasado las ideas modernas que un falso método ha llevado". De los otros sigue el camino de la investigación de la trama normal de la vida, la historia de la gente menuda, como dice García y no la historia elaborada a través de la vida y la acción de los grandes personajes. En el prólogo de *La Chepa leona* (1910), que es una narración colonial donde aparecen los sentimientos y las ideas religiosas del pueblo en el pasado preindependiente argentino, leemos: "La otra historia, la gran historia, me intimida. Con ese garbo de los elevados puestos públicos los hombres dan la impresión de superhombres y mi prosa llana y simple no es adecuada para expresar cosas épicas que reclaman el poema constitucional o militar. Alguna vez me acerqué respetuosamente a ciertos personajes coloniales, y un análisis prolijo me reveló que también eran huecos, algo confuso, pero siempre respetuoso, volví a mi buena gente menuda!". Y naturalmente, siguiendo sobretodo a Taine, rastrea los sentimientos psicológicos de las gentes, como historiador en el pasado argentino y como ensayista sociológico en el presente que le toca vivir. No hay más que recordar en este sentido sus libros *La Ciudad Indiana* y *Sobre nuestra Incultura*.

También son de interés sus ideas sobre la reconstrucción historiográfica. La historia, según nuestro autor, no juzga, reconstruye, rescucita y explica el devenir de los hombres y de los sucesos. "La sentencia puede venir como un apéndice, un complemento, pero no es lo esencial. La ciencia descubre los documentos, los traduce, los critica, establece su contenido correcto y gramatical, con la ayuda de esas disciplinas auxiliares de nombres pedantes y misteriosos: heurística, diplomática, etc., etc.". De no menos interés son sus ideas acerca de la enseñanza de la historia. Su pensamiento puede concretarse en este pasaje de su libro *Sobre Nuestra Incultura*: "...en la clase de historia el alumno debe convertirse en historiador, él crearía la historia; tiene que construir los personajes, los caracteres y los grandes episodios; distribuye los papeles y rehace el escenario. Convenimos en que este plan de clase contradice toda la práctica tradicional y todos los prejuicios que ésta arrastra pesadamente". García pensaba en una enseñanza activa y funcional de la historia, sobre

todo en la educación media, donde los alumnos manejaran los documentos y reconstruyeran, aun defectuosamente y con errores, el proceso histórico, la psicología de los personajes, los acontecimientos, el escenario histórico. Sólo así la historia adquiriría vida y adiestraba y preparaba a los alumnos para empresas mayores en el campo de los conocimientos históricos. La historia ayuda a formar la autoconciencia del pueblo. Todos estos aspectos del pensamiento de García, aplicados a la historia argentina, merecen otras consideraciones.

INTERPRETACION DE LA HISTORIA ARGENTINA

Juan Agustín García ha hecho una interpretación psicológica y económica de la historia argentina de los siglos XVII y XVIII. Es clásica en la historiografía argentina su libro *La Ciudad Indiana*. Sus puntos de vista son novedosos y se apoyan en investigaciones originales. Hasta él el país contaba con tres grandes historiadores: Mitre, López y Groussac. Pero los métodos y enfoques de ellos son diferentes de los de Juan Agustín García. Por sobre diferencias de filosofía de la historia, aquéllos contaban el estudio del proceso histórico alrededor de las grandes personalidades: San Martín, Belgrano, Alcora, etc. Nuestro autor prefiere el estudio del pueblo, de la vida de las gentes en su quehacer cotidiano, en sus sentimientos, en sus preferencias y creencias, en su economía y organización familiar, en la distribución de la tierra. Su diferente enfoque historiográfico, no le impide reconocer la importancia de la labor realizada por sus predecesores. A Mitre lo juzga así: "En Mitre predomina el intelecto puro, la objetividad serena de un juez que considera impassible y desde gran altura el desarrollo de los sucesos y de los hombres. La voluntad lenta, firme y tenaz, unida al equilibrio interior más perfecto, que constituyen la base de su persona, imprime su sello a la historia de San Martín y de Belgrano, a la traducción de Dante, a todo el curso de su vida pública y privada. Es el eje de su sistema interior, la cualidad dominadora, que tritura todas las ideas y percepciones para encajarlas dentro de su propio molde. Todo se sucede en su vida como dentro de un plan preconcebido con inflexible lógica, desde el principio hasta el fin, para realizar dos ideas directrices que son como las estrellas de su existencia: construir políticamente la Argentina y escribir su historia; llevarnos poco a poco a la unión moral e intelectual, es decir, crear la persona, la entidad psicológica, el alma armoniosa de la patria, al fundir todos los sentimientos e ideas contradictorios que angustian la vida colectiva, dentro de algunas fórmulas de una generosidad muy amplia, que acerquen y amparen a todos los argentinos" (16). De Vicente Fidéi López nos dice: para él "la historia es emoción, y como Carlyle, se apasiona, ve en carne y hueso a los héroes y siente los amores y los odios como si los personajes estuvieran ahí cerca, al alcance de su mano. Comparados con los maestros célebres, Mitre estaría más cerca de Guizot, y López de Lord Macau-

(16) Juan Agustín García: *La Ciudad Indiana*. Cap. I: "Las campañas". Pág. 290. En *Obras Completas*. Edición citada.

lay. Para uno, la historia es ciencia precisa; para el otro, una de las bellas artes. Así pensaron los griegos al encarnarla en una bella musa" (17). A Juan Agustín García no le satisfacía la historiografía donde los personajes juegan un papel tan decisivo, que actúan como si tuvieran en sus bolsillos las fuerzas de la historia. El que realiza la obra es el pueblo, aunque esa obra aparezca en tales obras historiográficas bajo la enseña de grandes nombres.

¿Cómo ha visto la historia argentina nuestro autor? Principalmente a través de criterios psicológicos y económicos. Los primeros se aplican a la investigación de los sentimientos y las creencias que influyeron con carácter predominantes en el pasado del país. Juan Agustín García consideraba que los impulsos, el fondo afectivo, los sentimientos, las creencias tenían un carácter más definidor del alma de los pueblos que las mismas ideas. Estas no son más que la expresión de aquéllos. Para este tipo de búsquedas e indagaciones estaba bien dispuesto por razones temperamentales y de conformación espiritual de su carácter, según hemos dicho al hablar de la fisonomía interior del historiador argentino. Se mantuvo dentro del psicologismo y no alcanzó a vislumbrar el mundo de los valores y los enfoques axiológicos de la historiografía en Dilthey, que seguramente los hubiera sentido casi próximos a los suyos por la finura de la investigación y por el sentido de los matices, que tanto gustaban al doctor García.

No vamos a seguir la articulación interna de *La Ciudad Indiana* en sus pormenores historiográficos. Don Miguel de Unamuno publicó a su hora un excelente estudio en tal sentido. Pero sí nos interesa señalar los sentimientos que caracterizaron al pueblo argentino en el pasado, entre los siglos XVII y XVIII, y aun antes, según aparecen en la obra mencionada. Así procedieron Taine y Renán, cuyos enfoques, con los de Fustel de Coulanges, continúa nuestro autor. La idea de la grandeza futura del país, la fe y la creencia en esa grandeza, tienen antecedentes históricos que Juan Agustín García hace remontar hasta el siglo XVI, hasta 1580, cuando Garay encuentra en la Pampa "una prodigiosa riqueza, de fácil explotación, y con poco trabajo, de resultado seguro". Esta riqueza tenía su origen en los pocos caballos y vacas que abandonaron en 1541 los pobladores de la primera fundación de Buenos Aires al abandonarla. "La vida fácil, una alimentación abundante y nutritiva, los horizontes amplios, les sugieren la idea de la grandeza futura del país. A fuerza de repetirse en sus cerebros, de confirmarse con las lucrativas expediciones de cueros, se transformará poco a poco en un sentimiento de orgullo colectivo, director de todo el juego mental. Y por un proceso muy bien estudiado en la psicología, se incorporará al organismo, convirtiéndose en un móvil subconsciente de la voluntad, constituyéndoles ese fondo de esperanza y de optimismo, indispensable para soportar con serenidad las agitaciones de esos primeros años, tonificar su sistema nervioso, cobrar fuerzas para seguir adelante, con fe, la ruda tarea, convencidos de que Buenos Aires es la llave

(17) Juan Agustín García: *La Ciudad Indiana*. Cap. I: "Las campañas". Pág. 292, En *Obras Completas*. Edición citada.

de estas provincias del Río de la Plata" (18). Este sentimiento y esta convicción en la grandeza futura del país son constantes que el historiador encuentra a lo largo de toda la historia argentina, hasta la primera guerra europea, cuando se detiene el impulso civilizador de Europa y la expansión del capitalismo moderno. Desde entonces acá tal convicción se ha atenuado notablemente.

El pundonor criollo es otro rasgo del alma argentina que nace de las peculiares condiciones de la vida en el paisaje y el ambiente rioplatense. Vinculado a este sentimiento aparece el culto nacional del coraje. Acerca de estos dos sentimientos Juan Agustín García escribe en *La Ciudad Indiana*: "En este medio nace un sentimiento de capital importancia en la futura evolución argentina, el culto nacional del coraje, el pundonor criollo que se funda principalmente en el valor personal, la cualidad predominante, que se impone a la estimación, porque es indispensable para prosperar; el desprecio teatral y heroico de la vida, la exageración enfermiza de la susceptibilidad. El culto del coraje dominará y presidirá la evolución política, acentuando su influencia, con ligeras variantes en los siglos XVII y XVIII, para llegar a su apogeo, absorbiendo todas las fuerzas activas del país, en la primera mitad del siglo XIX" (19). Estos dos sentimientos son rasgos constantes del pueblo argentino y configuran el alma de las gentes.

El sentimiento del desprecio de la ley aparece tanto en la ciudad como en las campañas. En la ciudad la existencia de los monopolios en el comercio, la práctica constante del contrabando, los abusos de autoridad de los gobernadores, los intereses comerciales, la venalidad de los funcionarios españoles, despiertan el sentimiento del desprecio de la ley que se prolongará después por causas semejantes durante el siglo XIX. En las campañas el empobrecimiento de los labradores y estancieros, que observan el enriquecimiento de los que trafican con los productos de la tierra y las carnes, los cueros y el sebo, la distribución arbitraria de la tierra, los desalojos injustos, el mismo relajamiento de las normas administrativas y jurídicas en el ambiente ralo de la pampa, hace que el desprecio de la ley se constituya en un rasgo del alma del pueblo argentino durante los siglos XVII y XVIII y hasta el siglo XIX, en las luchas civiles.

Otro rasgo del fondo axiológico del alma argentina es el sentimiento de fidelidad o de lealtad. "Los gauchos seguían a sus jefes seducidos por su valor, la cualidad que en su criterio debía gobernar el mundo; la noble por excelencia; de las otras, que priman por excelencia en los pueblos civilizados, no tenían la menor idea; la política, forma de gobierno, el progreso, todo se traducía en la fórmula simple del acto de fuerza, de arrojo o heroísmo" (20).

(18) Juan Agustín García: *Ciencias Sociales*. Cap. III: "La Sociología". Pág. 120. En *Obras Completas*. También en *La Ciudad Indiana*. Cap. XII: "El proletariado de las campañas". Pág. 425. En *Obras Completas*. Edición citada.

(19) Juan Agustín García: *La Ciudad Indiana*. Cap. I: "Las campañas". Pág. 290. En *Obras Completas*. Edición citada.

(20) Juan Agustín García: *La ciudad Indiana*. Cap. X: "La ciudad - Capital". Pág. 395. En *Obras completas*. Edición citada.

La lealtad, la fidelidad Juan Agustín García le hace provenir de la Edad Media. En realidad podría haber explicado la formación de ese sentimiento como explicó la formación de los sentimientos ya considerados: por las circunstancias y las condiciones de vida en las campañas durante los siglos que estudia.

El deseo de enriquecerse es un motor importante del proceso histórico argentino, del alma del pueblo. Acerca de este principio animador dice el autor de *La Ciudad Indiana*. "El móvil subyacente que dirigía toda la trama de las acciones, como esas profundas corrientes marinas que impulsan al buque sin que se aperciba el piloto, era el deseo de enriquecerse; pero no en el ordinario y común, que más o menos se observa en todas partes, inherente a la naturaleza humana; era una ambición de riqueza con caracteres peculiares, exclusiva, que no dejaba entrada a otros motivos nobles y civilizadores que actuaban armónicamente en los pueblos bien constituidos. Sobre todo, quieren vivir como grandes señores, mandar a los indios, negros y criollos" (21). Estudia en su obra más representativa la importancia del factor económico en la vida preindependiente de la Argentina y las consecuencias del mismo, por ejemplo, de la distribución de la tierra, en la vida política y social del siglo XIX y aún del siglo XX.

Ha estudiado Juan Agustín García otros sentimientos del alma argentina, tales como el sentimiento de la patria, el de la familia, el del odio y el amor, el de la ligereza y la imprevisión, el sentimiento religioso en la colonia y ha propuesto el estudio de otros como el de la risa, de que ríen los argentinos del pasado, tema que habría que estudiar a través de las obras de teatro de la época. En alguna conferencia trató también los sentimientos del deber, la verdad, de Dios y el trabajo entre los argentinos, del orgullo y las distintas maneras de hablar de los argentinos a través de la historia.

EL SENTIMIENTO DE LA PATRIA

Al comienzo de este capítulo sobre Juan Agustín García hemos dicho que el ilustre autor de *La Ciudad Indiana* tenía un fuerte sentido de la Patria. En su obra vuelve una y otra vez la idea de la Patria, ya a través de su formación y de su germinación en el pasado colonial, ya a través de algunos pensadores argentinos que se preocuparon por aclarar el sentido argentino de este sentimiento y esta idea, como es el caso particularmente de Alberdi. Juan Agustín García ha sentido las cosas argentinas y ha ahondado en el conocimiento histórico de la formación de la idea de Patria, quizá con la perspectiva del hombre de Buenos Aires, del porteño, sólo atento al pasado histórico argentino a través del pasado de su propia ciudad.

En el capítulo X de *La Ciudad Indiana* estudia el nacimiento del patriotismo nacional, durante los siglos XVII y XVIII, en la ciudad-patria, en la ciudad capital, en Buenos Aires. Parte de la idea que todos los patriotismos nacionales son de origen urbano. Aún concediendo esta interpretación, hay

(21) Juan Agustín García: *La Ciudad Indiana*. Cap. XII. "El proletariado de las campañas". Pág. 423. Edición citada.

que preguntarse ¿por qué exclusivamente Buenos Aires ha de ser la cuna del patriotismo argentino, cuando durante la época preindependiente existían otras ciudades tan importantes como Buenos Aires en el Virreynato del Río de la Plata y en el mismo territorio de la que habría de ser después la República Argentina? Hay en todo esto una limitación impuesta por el objeto de su investigación (el pasado de su propia ciudad), que indudablemente complacía los arraigados sentimientos porteños del autor.

Encuentra el nuevo sentimiento de Patria a principios del siglo XVIII, en el P. Neyra, en el relato de sus viajes. Para este sacerdote la patria es su ciudad. El aislamiento de las agrupaciones sociales, las condiciones geográficas y políticas de la época, explican, según García, esa limitación de la idea de Patria. Como raíces de orgullo y amor propio, de donde surge el sentimiento patriótico, estaba el sentimiento de grandeza del país. A su vez este sentimiento se apoyaba en la riqueza natural de la región del Río de la Plata, en hechos guerreros contra empresas de conquista de holandeses, portugueses, ingleses y franceses. Que habían formado entre los habitantes de este pueblo, pero con más especialidad entre los hijos de los españoles, un sentimiento vanidoso, que fortificaba por los progresos en que marchaba la población, por los adelantos que se hacían en los estudios" (22).

¿Qué es la Patria? En su libro *Sobre Nuestra Incultura*, hay una página que contiene la respuesta de García a esta pregunta. Dice así: "La patria no se crea a base de exageraciones y mentiras. Es una empresa larga y difícil, en la que cooperan todos los hombres de cada generación, la patria es algo así como una imagen que se hace todos los días, por el acto heroico, o simplemente honesto; por el libro, el cuadro, el pensar de sus hijos. Todos ponen su óvulo cotidiano para embellecerla. Así, con el transcurso de los tiempos, la bendita imagen toma sus formas concretas, lentamente. El historiador la decora ajustando las proporciones de los hechos y de los próceres en la medida que corresponde. El poeta, al cantarla, la idealiza como a la misma mujer amada. Pero es necesario que el canto sea bello, o mejor es guardar silencio, hasta que brote, en algún momento feliz, la palabra inspirada que la envuelve en una atmósfera de ideal. Por esto existe el amor sagrado, la religión de la patria". Y añade después: "Pensad el esfuerzo, continuado durante tres siglos, que representa nuestra Argentina. Desde sus orígenes, cuando era toda villorrios de barro y caña, los modestos castellanos que la fundaron veían en su imaginación cervantesca un futuro glorioso, la bella imagen de la patria, y adoraban eso, que no era más que un sueño, con un amor tierno, muy profundo y conmovedor. La patria no es odio, no es sangre y batallas. La patria lo abarca todo, y podéis quererla apasionadamente sin que sea necesario cerrar los puños amenazadores. Al contrario, la justicia, la bondad, la verdad, transforman la bella imagen, le dan esa expresión de las madres de Rafael, de dulzura, de suavidad, de luz, que ilumina y enaltece las más íntimas fibras del alma". Esta hermosa página, que muestra las condiciones de escritor

(22) Juan Agustín García: *La Ciudad Indiana*. Cap. X: "La ciudad capital". Pág. 395. En *Caras Completas*. Edición citada.

culto de Juan Agustín García, viene a decirnos que la patria es una resultante de la vida en común, de la compenetración recíproca de los sentimientos e ideas que se fusionan en el alma colectiva. Interviene en su formación toda la historia de un pueblo. Como dice el mismo García, en otro artículo de la obra mencionada, que intitula *El pecado del orgullo*, "la patria crece en el silencio de la intimidad familiar, es el culto de los muertos, de los padres y abuelos, es el amor de los hijos que nos prolonga el horizonte muy lejano; es el arte, la literatura, las fuerzas espirituales que la adornan y embellecen, para que nuestro amor sea intenso, y en los momentos graves "crezcan los corazones", según decía el viejo rey de Castilla".

El sentimiento y la idea de patria, comunión de sentimientos y de ideas, comunión espiritual antes que nada, no se presentan siempre de la misma manera y con el mismo contenido a lo largo de la historia argentina. Se han transformado según las épocas, el medio y las circunstancias en que han actuado los hombres. Dos clases de fuerzas psíquicas y morales han animado esos cambios: las fuerzas de amor y las de odio. A veces predominan unas, otras el sentimiento de la patria se colora de un modo opuesto. Estos extremos van desde una patria con "un alma negra, saturada de rencores, vengativa, airada", hasta una patria que se siente como "amorosa, simpática, cosmopolita", que abre sus brazos a todos los hombres de buena voluntad.

En un artículo que figura en la obra *Sobre Teatro Nacional* (Obras, artículos y fragmentos), que data del año 1921, que lleva el nombre de *La evolución de la patria argentina*, el doctor García recorre las vicisitudes del sentimiento y la idea de patria. Naturalmente, se refiere siempre a la ciudad de Buenos Aires, donde habría nacido el patriotismo argentino (que nosotros preferimos llamar porteño). En los primeros tramos de la historia preindependiente, el sentimiento patriótico nace de la confianza en la grandeza futura de la región del Plata, en el amor al terruño de "los buenos aires de esta tierra", en cierto optimismo que el historiador llama "superficial y ligero, agradable y puro como brisa de verano". A comienzos del siglo XVIII el sentimiento patriótico "se afirmaba en un caserío de barro miserable, para sostener "a puño cerrado" la grandeza futura del país". La lucha contra los indios, los portugueses, los piratas holandeses e ingleses, más tarde la lucha en las invasiones inglesas, afianzaron y desarrollaron aquel sentimiento y la idea de patria, de los que hacían gala "con una petulancia muy porteña", de la que sonríe el doctor García.

Esas fuerzas psíquicas positivas, que podríamos reunir con el nombre de amor, se mezclaban con otras de opuesto sentido. Junto al amor al Rey, que era casi adoración, y con el mismo vigor, se desarrollaba el odio a los ingleses, a los portugueses, a los holandeses y a los franceses. Este sentimiento de odio al extranjero, se vuelve después de 1810 contra los españoles, sobre todo a partir de la Santa Alianza, que significaba la represión del sentimiento de independencia de estas tierras. El odio sigue floreciendo durante los años de la anarquía, durante el gobierno de Rosas. "La Argentina es una madre dura, trágica para unitarios y federales. El odio se ensancha y la Patria se reduce y estrecha. Para el federal, el unitario es peor que el extranjero. La

Patria se cierra para la mitad de los argentinos". Durante todos estos años, el sentimiento patriótico se alimenta de la gloria militar, de sus héroes y batallas. Es la idea militar de la Patria. Con Alberdi, con Echeverría, aparece el concepto civil de la Patria. Esta es concebida como libertad, como orden, como progreso, como riqueza, en suma, como civilización en el suelo nativo, como vida civilizada bajo la enseña y en nombre del suelo donde nacimos. Durante varios lustros estas dos ideas y sentimientos de la Patria se enfrentaron, hasta que en los años de la organización nacional terminó por triunfar el concepto y el sentimiento del patriotismo civil, la patria que nuestro autor llama "de amor y simpatía, la Argentina cariñosa y suave con sus hijos, rica, trabajadora y generosa". Esa idea y ese sentimiento anima la Constitución de 1853, que habla en su preámbulo de un país abierto a todos los hombres de buena voluntad para desarrollar su cultura europea y sus esencias cristianas.

Pero la preocupación de Juan Agustín García por precisar la idea y el sentimiento argentino de patria no se desenvuelve solamente en sus estudios personales, sino también en el rastreo histórico de las convicciones que tuvieron algunos argentinos ilustres acerca de tales cuestiones. Una y otra vez, a lo largo de su extensa obra, vuelve el culto historiador al análisis de ese sentimiento y esa idea en Echeverría, en Alberdi, en Mitre, en López. Considera a Alberdi el argentino que en el siglo XIX más ha estudiado el origen, el desarrollo y las formas que han tomado aquel sentimiento y aquella idea en la historia argentina.

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO

Otro aspecto del pasado y el presente argentinos que ha investigado Juan Agustín García, es el sentimiento religioso. También en esto Juan Agustín García ha cambiado de juicio, desde sus primeros escritos hasta aquellos que tienen un carácter de investigación histórica madura o aquellos otros de índole sociológica y de literatura imaginativa con base documental e histórica. Entre los primeros recordamos su libro *Ciencias Sociales*, que data del año 1899, el siguiente pasaje que figura en el capítulo III: "Aquí (se refiere a la colonización en el Río de la Plata), sólo se piensa en los cueros, el trigo, el maíz, el pequeño comercio; la *cuestión social es el contrabando*. Ni una sola línea, en los diez volúmenes publicados de *Actas del Cabildo*, se alza un poco sobre ese nivel, tan chato y monótono como el desierto. La religión se ha transformado en un fetichismo estrecho y beato; al prestigio de Cristo se ha substituído el de los santos, un culto logrero que siempre pide y deja el alma insensible e indiferente. Entendida así era un complemento del gobernador y Cabildo, una institución destinada a proveer de las cosas que no estaban en manos de los funcionarios públicos: la lluvia, la salud". Bien se advierte que el autor ve el fenómeno religioso a través de las ideas y deformaciones del positivismo ambiente de la cultura argentina de fines del siglo pasado. En su libro *La Ciudad Indiana* (1900) que tiene valor investigativo y documental, el juicio es otro. En el capítulo XIV, donde estudia el papel de la Iglesia en el Buenos Aires antiguo, pondera el papel de educadores de la clerecía de la

ciudad. Allí leemos: "En ese papel de educadores prestaron un gran servicio a esta sociedad. Si no hubiera sido por ellos, si ajustándose a los deseos del monarca español hubieran cerrado sus bibliotecas a la gente rica, y cooperado en el criminal empeño de mantener el país en la más atroz ignorancia, como un simple criadero de vacas y ovejas, ¡quién sabe los rumbos que habría seguido la historia argentina! Por eso se miran con simpatía esos viejos claustrales porteños; nos recuerdan lo mejor de la vida colonial, lo más selecto y distinguido de la sociedad pasada". Es indudable que este clero no podía cultivar el sentimiento religioso de la población con el rumbo y el sesgo que le atribuye el doctor García en su primer libro.

En *Memorias de un Sacristán*, que proviene del año 1906, su autor se propuso darnos, en forma de Memorias, el ambiente religioso del pasado de Buenos Aires durante el siglo XVIII. Juan Agustín García tenía el propósito de escribir la historia del sentimiento religioso durante la época preindependiente. Quería seguir la transformación y matización americana del catolicismo en contacto con el ambiente y los indígenas y mestizos de América. Seguir, por ejemplo, los cambios de Satanás con su traslado al Río de la Plata. "El contacto del Diablo europeo, dice el doctor García, con los fetiches indios y negros, produjo los resultados de toda mezcla con razas inferiores; la descendencia raquílica, simiesca, con todos los defectos de la raza noble, acentuados por la raza villana. Nadie reconocería en Mandinga, Cozorizo o Moncarrón, al formidable enemigo de Dios, al clásico espíritu que niega" (23). Tarea tan ambiciosa exigía una enorme documentación, no solo rioplatense, sino española y medieval, para poder seguir las transformaciones del culto religioso y su mixtura en estas regiones del Plata. El historiador desistió de su propósito de escribir aquella historia y a cambio de ella escribió las *Memorias de un Sacristán*, que se basan en la documentación histórica que logró reunir.

Lo importante de todo esto es que el autor de *La Ciudad Indiana* comprendió la significación y la acción del sentimiento religioso en la trama normal de la vida durante la época española. Servía de interpretación del mundo y la vida de entonces. Las cosas y los seres estaban revestidos de las imágenes y conceptos y emociones que nacían de tal interpretación religiosa y moral. Juan Agustín García nos dice a este propósito: "Para la mayoría de los contemporáneos Mandinga, Moncarrón y Cozorizo, tuvieron una existencia tan real, como las fuerzas de la naturaleza en nuestra época. Presidían varias series de fenómenos morales y físicos y, en cierto modo, eran dueños de la felicidad y la desgracia. Así se explica su importancia y el poder enorme de los hombres que los dominaban" (24). En suma: en *Memorias de un Sacristán* el autor describe la religiosidad del pueblo durante el siglo XVIII, con sus santos y demonios, su pureza y sus brujerías. Vinculado con este tema ha estudiado también el sentimiento de la muerte del pueblo viejo argentino. En

(23) Juan Agustín García: *Memorias de un Sacristán*. Prefacio. Pág. 561. En *Obras Completas*, Edición citada.

(24) Juan Agustín García: *Memorias de un Sacristán*. Prefacio. Pág. 562. En *Obras Completas*, Edición citada.

sus ensayos". *Nuestro Viejo Pueblo*, hay uno que estudia precisamente el espíritu, la moral y el sentido de la muerte durante el siglo XVIII.

Hay que señalar, además, que Juan Agustín García ha estudiado el fenómeno religioso y sus manifestaciones en su época, que él diagnosticaba como atravesada por una profunda crisis moral, de la cual sus libros *Chiche y su Tiempo* (1922) y *Cuadros y Caracteres Snobs* (1923), con personajes de la alta sociedad porteña, quiere ser su crítica y correctivo.

LA EDUCACION

En la semblanza que trazamos al comienzo de estas páginas dijimos que Juan Agustín García era un hombre con el cual podríamos ponernos de acuerdo en una cantidad de cosas aun en la actualidad, a pesar del tiempo transcurrido desde su actuación cultural. Cuando hacíamos esa afirmación teníamos en cuenta, entre otros aspectos, sus ideas educativas. Consideraba él que las dos grandes fuerzas educadoras de su época eran la escuela y el teatro. A la educación y el teatro consagró muchas páginas de *Sobre Nuestra Incultura* (1922) y *Sobre Teatro Nacional* (1921), que aun hoy conservan su valor y son recomendables para maestros y profesores. Atribuía la incultura argentina a la orientación pragmática que había dado a la enseñanza la generación de 1880. La sobrevaloración educativa de las ciencias exactas y naturales, a la vez que la desestimación de las materias humanísticas, tales como el latín, la historia, la filosofía y la religión, hizo que los planes de estudios de la segunda enseñanza argentina se despoblaran de estos últimos contenidos y se sobresaturaran de los primeros. Las pocas materias referidas al hombre, como la psicología, la lógica, no alcanzaban a salvar las deficiencias. Además, la orientación fisiológica y experimental de la primera y la desvinculación de la segunda de los problemas del conocimiento, alejaban esas asignaturas de las humanidades. El latín era excluido porque se sostenía que detrás de él venían los valores religiosos y aquella generación de 1880 era antirreligiosa, por lo menos en el sector predominante, formado por los hombres del positivismo filosófico, psicológico y sociológico. Hubo momentos en que desaparecieron las historias clásicas y sagradas (Grecia, Roma y Judea) y la formación histórica del estudiante sólo se confiaba a la historia argentina. El concepto de la patria era muy simple, más que de concepto hay que hablar de emoción de la patria: himnos, vivas, adhesión ciega y mística. Para todo esto, cuyo plan cabía en una hoja de papel, bastaban, dice nuestro autor, unas banderas, un piano y un poeta regional.

La orientación educativa creada por Urquiza, Mitre, Sarmiento y Avellaneda desapareció. El eclecticismo espiritualista, el historicismo romántico, que imprimieron los grandes educadores franceses que llegaron al país a la educación argentina fue reemplazada por los nuevos planes positivistas. En Europa esta corriente educacional no produjo mayor daño, porque allí existía una fuerte tradición humanística que impedía que las cosas llegaran a los extremos. Pero acá los diques eran débiles y fueron prontamente arrasados. Después de cuarenta años de esta orientación pragmática y utilitaria de la educa-

ción del país, hacia 1922, cuando el doctor García publica su libro *Sobre Nuestra Incultura*, las consecuencias estaban a la vista. El ideal de esa educación la encierra en la siguiente proposición: "formar hombres prácticos para servirse a sí mismos y nada más que a sí mismos" (25). Y las consecuencias de ese ideal las fija con estas palabras: "En cuarenta años de este régimen de estudios secundarios livianos se ha realizado el fin, a medias; pero con toda seguridad se ha formado el tipo de hombre que sólo piensa en sí mismo; incapaz de la acción concentrada, que no concibe un fin social, altruista y generoso, con una norma de conducta. Con más o menos éxito y mayor o menor inteligencia, todos viven su vida; ese es el fin primordial, por encima de todo, a veces por encima del bien y el mal" (26). Mas adelante dice: ¡Cómo se contempla la vida después de esos cinco años de estudios prácticos! Se ha desarrollado un instinto de avance rápido y cueste lo que cueste, se miran de reojo, y con cierta rabia, las posiciones adquiridas que vienen con años de labor; porque ellos tienen más méritos que los más copetudos. No se reflexiona que las horas no se anticipan, sino por excepción, en la vida; que para llegar no basta la atropellada agresiva; que la formación de un espíritu no se improvisa, que es obra lenta, de paciencia, y trabajo honesto y serio; que la envidia, los rencores, todos esos gérmenes insanos perturban y esterilizan la inteligencia. No; hay que llegar, con o sin cualidades, cueste lo que cueste; hay que vivir la vida aunque se viva sobre la mentira, la farsa, la comedia... Y se ríen, porque el sonreír supone espíritu, de todo aquello que obstaculice su camino. ¡Es la risa del cocodrilo, la risa sin gracia, la risa trágica, pálida; la risa es una mueca amarga y sombría!... ¡Vale más arar la tierra que seguir estas carreras para sufrir la angustia de los que quieren volar sin alas!" Es indudable que Juan Agustín García estaba ya fuera del clima filosófico de su generación. ¡Qué distancias de atmósfera cultural entre él, un Ingeniero, un Bunge, un Ameghino! La muerte de las humanidades y el casi olvido del sentimiento religioso trajeron ese descenso moral del país.

El ideal económico y pragmatista no sólo impregnaba la segunda enseñanza. Orientaba todo el sistema de la instrucción pública argentina, desde la enseñanza elemental a la universitaria. Había que formar hombres aptos para sí mismos y nada más que para sí mismos. Pragmatismo individualista en todo. De allí el carácter exclusivamente profesional de las carreras universitarias y la reducción del ciclo secundario. El juicio de García sobre la educación universitaria desde 1880 hasta 1920 es igualmente severo y revela también en esto que sí comparte las valoraciones de los hombres de la generación del Centenario, con un Rojas, un Alberini, un Rougés, un Korn que, aunque perteneciendo a la misma generación de García, se había safado de las limitaciones de la filosofía positivista. Sobre la educación universitaria leemos en *Sobre Nuestra Incultura*, con el nombre de "Los errores de concepto":

(25) Juan Agustín García: *Sobre nuestra incultura*. Art. "Las causas remotas". Págs. 970-973. En *Obras Completas*. Edición citada.

(26) Juan Agustín García: *Sobre nuestra incultura*. Art. "Las causas remotas". Págs. 970-973. En *Obras Completas*. Edición citada.

“Decía que, en general, todo proviene del mismo espíritu egoísta, porque, en verdad, no se ha procedido de acuerdo con el plan preconcebido. Los años universitarios se creaban y se recargaban a medida que aparecían los candidatos influyentes para dictar cátedras. Un especialista en germen, el político de importancia, el hombre de prestigio, engendran la asignatura de su afición en las academias y luego en los planes de estudios. A ningún consejo, o ministro, se les ocurrió contemplar el conjunto para que las proposiciones de cada plan fueran armónicas; habría saltado a simple vista la deformidad, la base frágil, pueril, comparada con esa arquitectura frondosa, repleta de asignaturas, que constituyen los planes universitarios. Por el tiempo consagrado a cada ciclo de estudios se puede afirmar que estamos en el régimen de lo absurdo, que no se tiene la noción de lo que significan los cursos secundarios, ni de su papel en el desarrollo de un hombre. Y lo absurdo, en estas materias, trae aparejada la incultura, el mal gusto, la incoherencia, el amoralismo más o menos disfrazado con un barniz aparente de civilización”. (27). Y más adelante agrega: “Así, desde el punto de vista intelectual, el sistema que lleva cuarenta años de vida preparó varias generaciones de hombres superficiales, que dan la impresión de un fante al que se le pegaron con engrudo letreros científicos: aquí idioma, allá literatura, ciencias, filosofía, arte. . . , y al poco tiempo, por cualquier brisa, los letreros se caen y queda la mancha del almidón. El fantasma de escritor, sabio, político, estadista, se pasea muy orondo; se ofrece a la admiración con toda buena fe. Aspira sin límite; muy a menudo lleva una obra maestra que duerme en su mente, y no despertará nunca. Pero si la suerte no le sube a las altas esferas, maldecirá a todos, como víctima propiciatoria de la injusticia social” (28). Ya no se valora con seguridad en literatura, en teatro, en artes plásticas. Triunfa el *snobismo* y la superficialidad por todas partes. No se sabe hablar y escribir desde la propia sangre, con algún brío y finesa.

Para contrarrestar todas estas fallas del sistema educativo de su época, Juan Agustín García preconizaba la vuelta a las humanidades, el cultivo de los sentimientos mediante las artes. Quería ir a lo útil a través de lo verdadero y de lo bello. Las humanidades en que pensaba eran las humanidades clásicas, la vuelta al latín y la literatura latina, a la historia de Judea, Grecia y Roma, a la enseñanza de la filosofía. La segunda enseñanza debía durar ocho años y abreviar, en cambio, las carreras profesionales universitarias a un término de cuatro años. Los cursos de especialización científica vendrían después de los de capacitación profesional. Quería que la enseñanza del latín y la literatura latina en la segunda enseñanza durase cinco años.

(27) Juan Agustín García: *Sobre nuestra incultura*. Art. “Los errores de concepto”. Pág. 974. En *Obras Completas*. Edición citada.

(28) Juan Agustín García: *Sobre nuestra incultura*. Art. “Los errores de concepto”. Pág. 975. En *Obras Completas*. Edición citada.

CONCLUSIONES

A través de este ya extenso estudio de la personalidad e ideas de Juan Agustín García, hemos rescatado una de las figuras más interesantes de la generación de 1896. Un hombre con sesgos propios y muy personales en la cultura argentina, de refinado espíritu, porteño de tono menor, con el sentido de matices, penetrante en sus estudios del alma argentina del pasado y el presente de su tiempo, que sentía profundamente los problemas argentinos, a los que estudió a fondo y sobre los que poseía conocimientos seguros. No fue un simple repetidor de los resultados alcanzados por otros. Fue original y personal en sus investigaciones históricas y sociológicas. El hecho que abordara las cuestiones desde su propia sangre y no desde una filosofía aprendida hace que tenga un lugar propio dentro de su generación, de la que se evade para pensar y co-sentir con los hombres de la generación de 1910. Por eso sentimos a Juan Agustín García como un hombre que está más próximo a nosotros que aquellos que fueron más ortodoxos con la filosofía cientificista, y hasta personalmente más coherente porque no sentimos en él la lucha entre la filosofía aprendida y los sentimientos del corazón, que desgarran a muchos de los portaestandartes de su generación.

BIBLIOGRAFIA

- Miguel de Unamuno: *La Ciudad Indiana*. En la revista "La Lectura". Madrid. Este estudio acompaña a algunas ediciones de la obra de Juan Agustín García.
- Luis María Torres: *Juan Agustín García; examen general de su obra histórica*. Buenos Aires, 1923.
- Ricardo Levene: *La realidad histórica y social argentina vista por Juan Agustín García*. En su libro "Historia de las Ideas Argentinas". Cap. VIII. Colección Austral. Buenos Aires, 1947.
- Paul Groussac: *Prólogo a la edición de "La Ciudad Indiana"*, en la edición "La Cultura Popular". Buenos Aires, 1937.
- Rómulo Carbia: *Historia crítica de la historiografía argentina*. Págs. 283 y 290. La Plata, 1939.
- Alberto Zambonini Leguizamón: *Juan Agustín García*. Buenos Aires, 1923.
- Emilio Ravignani: *Bibliografía de Juan Agustín García*. En el "Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas", Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, Tomo I, Págs. 397-410.
- Julio Noé: *Nuestra Literatura*. Buenos Aires, 1932.
- Alberto Zambonini Leguizamón: *Pensadores de América*, Libro II, Juan Agustín García". Ediciones Argentinas. Buenos Aires, 1944.
- Narciso Binayán: *Prólogo a la edición de las obras completas de Juan Agustín García*. Editorial Claridad, Buenos Aires, 1958.

